

LA CIUDAD COMO EXTENSIÓN, COMO LUGAR

Y COMO ESPACIO

**L u i s a
R u i z
M o r e n o**

La ciudad en perspectiva

No me referiré a la ciudad como un objeto que tiene una existencia absoluta en el mundo de la experiencia y como si la ciudad fuera siempre la misma antes y después de quien le otorga tal designación porque la piensa, la vive y la padece. La consideraré como un objeto que puede ser percibido desde distintas perspectivas y que por esto adquiere variadas significaciones que la configuran de un modo particular. Así, cada configuración le dará una forma de existencia relativa a la relación que se establece con ella. Me propongo tratar a la ciudad como un objeto signifiante no sólo como portador o soporte del sentido sino como modelo (entendido como simulacro, constructo) de representación de la propia perspectiva que la tiene bajo su mira. "Cada ciudad" referida implica un "alguien".

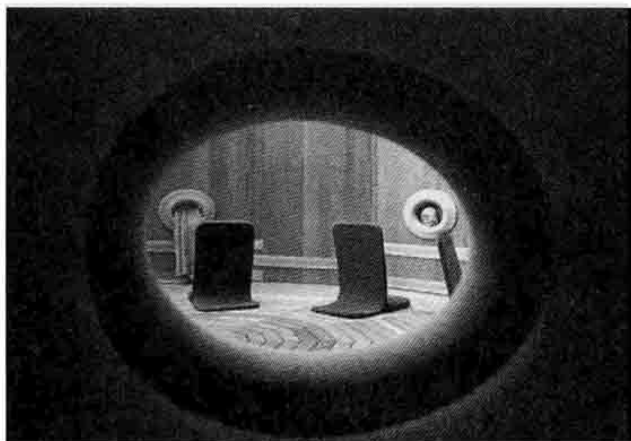
Si la perspectiva, como un arte derivado de la geometría, es un modo de representar los objetos en una superficie de acuerdo a la disposición como aparecen ante la vista, o bien el conjunto mismo de los objetos que desde un punto determinado se presentan a la mirada del espectador, especialmente cuando están lejos, la perspectiva incluye el punto de vista. La ciudad, puesta en perspectiva en la superficie del texto donde ella es representada entraña un *desde dónde* es percibida, observada, descrita y calificada. Una vez "perspectivizada", la ciudad tiende a borrar los puntos de vista desde los que fue concebida y, al mismo tiempo, a negar a los múltiples sujetos observadores que se colocaron en un sitio y que *desde ahí* ajustaron sus focalizaciones. Así la ciudad que ya fue sometida a una acción perspectivizante y que arroja un manto de olvido sobre los puntos de vista, se coloca ella misma en un punto de vista absoluto y homogeneizante.

El ejercicio que propongo es el de levantar el manto de la unicidad del punto de vista y poner a la ciudad en la perspectiva de, al menos, tres posiciones frente a ella: un punto focalizante desde el cual la ciudad aparece de lleno como una extensión que se percibe; un punto localizante que establece a la ciudad como un lugar que se recorta en la extensión y que, en consecuencia, hace posible que sea vista también como un no-lugar; y un punto espacializante que construye a la ciudad como un espacio resultado de un proceso de significación.

Si la ciudad aparece como el término de una relación entre ella y un punto de vista y la ciudad está determinada por éste, el punto de vista adquiere el rol del sujeto y, por su parte, la ciudad asume el rol del objeto de la determinación. De esto se desprende que cada una de estas acciones se lleva a cabo por un sujeto agente que adquiere su carácter y puede ser así reconocido según las funciones que desempeña: focalizador, el que está relacionado con la ciudad como extensión; localizador, el que entabla una relación de lugar o no lugar con la ciudad; y, espacializador, el que es sujeto frente a la ciudad-espacio.

La ciudad como extensión

Es la ciudad inásible, la que aparece en toda su plenitud en el momento de una primera focalización que se opera sobre ella como un puro filtro cognoscitivo. Y aun cuando el sujeto la ha puesto en perspectiva y tiene la impresión de haberla capturado, la ciudad se le presenta como una continuidad plagada de objetos que todavía no se sabe qué relación establecerán con él. Es un punto de virtualización máxima pues la ciudad puede mostrarse aquí como fascinante, ya sea por amenazante o por ser promesa de desconocidas bondades, cargada de euforia o de disforia. De allí que el sujeto no sepa si él puede considerarse en calidad de tal o más bien si en realidad es objeto de una ciudad que lo



determina, que establece frente a él una relación de dominante/dominado. Es el momento del conflicto con la ciudad apenas puesta en perspectiva, pero que el sujeto percibe como si fuera él quien ha sido puesto en perspectiva por la ciudad. Entonces, mutuas resistencias se ponen en ejercicio y hacen aparición en el escenario del universo sensible. Equilibrio inestable donde todas las posibilidades están en juego asegurando la emergencia del sentido, pero todavía la ciudad es vaga, ambigua, puro soporte de la significación que le dará forma.

La ciudad en tanto simple extensión propicia las distintas tomas de distancia, las mediciones, el cálculo; y ofrece para ello un sinnúmero de posiciones desde donde puede ser observada, recorrida y atravesada como si se tratara, más que de un plano por el que uno traza trayectorias, de un cuerpo con volumen y espesor. De manera que lo simple aquí quiere decir la mayor riqueza, la cual será necesariamente abandonada cuando la ciudad se vuelva un *lugar* o un *espacio* puesto que esas formas serán una elección de la multiplicidad de puntos de vista y una selección de los elementos de los cuales esas formas se compondrán.

La ciudad *en* la extensión no puede ser nombrada porque en ese nivel de la pura continuidad cualquier apelativo se vuelve ajeno, no dice nada todavía, ni de la ciudad misma ni de quien usa esa determinación otorgada por otros. El *nombre propio* de la ciudad vendrá después y cuando alguna toma mínima de posición avale esa apropiación mutua entre la ciudad y su sujeto. Para precisar un poco los términos, habría que decir, entonces, la ciudad *de* la extensión porque hasta allí es sólo esta última quien la posee. Quizás la imagen más próxima de esta ciudad virtual y potencial sea la vista que un avión ofrece cuando desciende de la obscuridad celeste hacia el mar de luces de la ciudad nocturna. Concebida en la extensión, el destello de la ciudad que ella se provoca en las noches o el que le adjudica el sol en sus distintas horas diurnas, no deja que la ciudad emerja como espacio. Tal surgimiento no ocurrirá sino por la acción de un acto de ruptura; origen de una dirección sin retorno y causa de la perpetua nostalgia por el bien perdido.



La ciudad como lugar

En efecto, la irrupción –por necesidad constitutiva– del sujeto en la extensión marca en ella una primera discontinuidad: *aquí*, la cual puede ser apenas una detención de su flujo continuo, un remanso en la corriente, o una ruptura discreta con umbrales y fronteras: *aquí/allá*. De este último acto presencial del sujeto surgen los lugares sensibles de la ciudad y cada lugar, por individualizado que aparezca, siempre justificará su existencia en la extensión y en la estructura intersubjetiva (del sujeto y la ciudad) en la medida en que otro lugar le haya proyectado su umbral y su frontera. Así el tejido de lugares que han de constituirnos a la ciudad como espacio es infinito, como infinita es la tarea del reconocimiento. Por ello, sólo la ciudad en tanto espacio será singular mientras que los lugares siempre permanecerán en la pluralidad y el referirnos a ellos en plural ayudará a recordar que es de su cuantía significativa de la que extraemos la forma desnuda de la ciudad.

Las articulaciones que traman a un lugar con otro en la extensión y a los lugares con el espacio se hacen por medio de la distancia que tiene como presupuesto a la regulación. La distancia regulada entre el sujeto y la ciudad no deja que un lugar ahogue por exceso de proximidad o que otro lugar, al contrario, produzca desarraigo por un distanciamiento radical. De modo que la buena distancia entraña un movimiento de apertura y cierre sobre el espacio ciudadano y pone de relieve, además, un atributo primordial del espacio: la profundidad.



Los lugares darán profundidad a la ciudad en la medida en que ellos adquieran concreción, es decir, que obtengan una figura aunque no sea más que elemental para que puedan ser aprehendidos. Y ahí surge la palabra como el recurso más inmediato –sin que por ello posea toda la eficacia que se le atribuye– para determinar, calificar, describir y hablar de un lugar porque es mejor o peor que otro, porque hace sentir determinadas cosas y no otras. En fin, son éstos los lugares dichos, conversados, escritos, los que evidentemente se figurativizan por valores en juego que la palabra vehiculiza. Valores que son los que a su vez proyectan sus valencias sobre la ciudad y hacen que ella aparezca como un espacio articulado.

Pero los lugares verbalizados no siempre ponen en sintaxis una dimensión inteligible de la ciudad, a veces logran figurar en palabras una dimensión afectiva, pasional, o pragmática. Los lugares del afecto establecen modulaciones, tensiones y distensiones, entre los lugares que la actividad cognoscitiva categoriza y enuncia. Y son los lugares donde se realizan distintos quehaceres, se cumplen tareas, se alcanza el éxito o el fracaso y se atesoran, intercambian o pierden valores, donde la ciudad y el sujeto se transforman mutuamente con fundamentos de pasión o de razón.

Otras veces la ciudad, aunque siempre referida, no llega a verbalizarse, no se habla de ella porque sus lugares se discursivizan mediante otras sustancias expresivas: el tono de la voz, los murmullos, los olores, los sabores, las texturas que se palpan, los gestos, los movimientos de los cuerpos y todas las formas de lo visual. De modo que los lugares sensibles de la ciudad son significantes de contenidos diversos que no se refieren a sí mismos sino al espacio que significan.

La ciudad como espacio

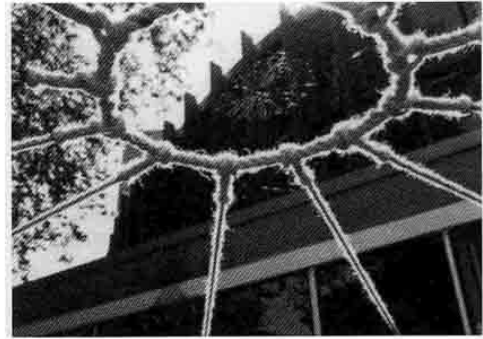
La ciudad emerge por obra de la significación que los lugares han desentrañado de la extensión. Sin embargo, este espacio sólidamente construido puede derrumbarse por la misma sinestesia que lo ha levantado y porque sus cimientos se han cavado en una semántica profunda. Tal fragilidad constitutiva propicia las desestructuraciones sucesivas que devuelven de pronto la ciudad a la extensión, lo cual es sólo un efecto de sentido porque el sujeto que ha irrumpido en la extensión para hacer su espacio propio ha iniciado una dirección sin retorno. Y de ahí la angustia que al mismo tiempo produce la impresión de haber perdido la lucidez del espacio y la certeza –que confirma la presencia misma de la angustia– de que la ciudad hecha espacio para el sujeto es un valor adquirido para siempre. Únicamente el desagrado, el rechazo, la negación de los lugares disfóricos, producirán la nostalgia de los bienes de la extensión y más que nada porque se sabe que ellos son la posibilidad virtual del espacio deseado.

Pero espacio propio no quiere decir absolutamente autónomo, lo cual sería contradictorio con el espacio ciudadano, ya que por definición la ciudad es un lugar común y lo comunal requiere de las correlaciones que relativizan la autonomía. La ciudad, en tanto espacio, se ha constituido de lugares que adquieren valor unos en relación con otros. Y el sujeto y la ciudad también adquieren identidad en la medida en que una mutua oposición los constriñe. No obstante la compleja red, siempre habrá lugares que no son parte de su entramado y a éstos los llamo sitios, lugares que no se definen por semejanza y por diferencia con otros. Un sitio es siempre igual a sí mismo y por eso los sitios permanecen en su rareza y aunque no lleguen a quebrar la gramática de la ciudad viven apegados a ella para cuestionarla sin integrarse. Los sitios relativizan así su autonomía absoluta y radical en la marginalidad del sistema con el que marcan su distinción. Tampoco el sujeto puede establecer correlaciones con los sitios, ya que o es el sitio el que lo determina a él o es él el que se sobrepone y determina al sitio. De manera que la única relación posible con los sitios es la de *dominante/dominado* y ese conflicto, siempre desestabilizado hacia uno u otro lado, puede llegar a la desactivación de uno u otro.

Volviendo a la ciudad como lugar común, como espacio de convergencias y divergencias, diré que el sujeto también construye el espacio de la ciudad porque ese espacio no deja de ser una proyección del vacío incolmable entre el sujeto y el sujeto-otro. Los lugares y el espacio provocan la ilusión referencial del soporte de las cosas y del apoyo de las personas, una tópica donde se asientan los cuerpos y se trazan las conexiones entre sí. Itinerarios siempre orientados *hacia lo otro*, el sujeto-otro, el objeto de valor y de deseo y los lugares que los representan.

En consecuencia, la ciudad entendida como un espacio es la representación de incesantes búsquedas (del *ir hacia*), las que necesariamente se distinguen entre sí y se comparten y obligan, por lo tanto, a que el espacio constituya siempre un tercer lugar para los sujetos y objetos en interacción. De allí que la ciudad sea convencional, en el sentido de haber sido instituida socialmente y porque propicia los intercambios, las atribuciones mutuas, las restituciones del equilibrio y la promesa incumplida de un regreso a las fuentes. Por ello, la ciudad en la extensión está siempre en perspectiva, lo cual quiere decir, necesariamente, tanto en la prospectiva como en la retrospectiva del sujeto.

De lo anterior se desprende que para espacializar la ciudad no sólo se esbozan los proyectos sino que también se figuran y se configuran las trayectorias ya vividas, todo lo cual no puede hacerse sin recurrir al principio elemental de la narratividad: las transformaciones de los estados de cosas entre la extensión y los lugares y de éstos hacia el espacio han sido realizadas. Y alguien las ha realizado para alguien o para algo. Y necesariamente alguien da cuenta de estas direcciones trazadas o



apenas esbozadas donde se han moldeado los lugares. El punto de vista desde donde se avizora el porvenir y se retrotrae el devenir se hace así punto de referencia de la ciudad vivida o de la ciudad por vivir. La ciudad actual no es más que un espacio de convergencia, entre ella y su sujeto, y el punto de divergencia de esas líneas de fuga hacia atrás o hacia adelante. Las posiciones verticales que ascienden o descienden crean niveles y desniveles, capas que pueden ser interceptadas a cada momento por transversales que dan espesor y densidad al espacio.

La ciudad extraída de la extensión y conformada por sus lugares —cuyo pivote desencadenante son la presencia y el quehacer humano— es un valor plástico, es decir, siempre en transformación y de ahí proviene el haz de significaciones que de ella emana.

Bibliografía

- Bollnow, O. F., *Hombre y espacio*, Labor, Barcelona, 1969.
 Greimas, A. J., "Para una semiótica topológica", en *Semiótica y ciencias sociales*, Fragua, Madrid, 1980.
 Hammad, M., "La privatisation de l'espace", en *Nouveaux Actes Sémiotiques*, No. 4, 5, Limoges, Trames, PULIM, 1989.
 De Certau, M., "La invención de lo cotidiano". Fragmentos de *L'invention du quotidien*, incluye: "Presentación general" y Cap. VII, "Recorridos por la ciudad" (traducción de Raúl Dorra), Revista *Espacios* No. 11, UAP, Puebla, 1987.
 Bachelard, G., *La poética del espacio*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975.
 Landowski, E., *Présences de l'autre*, PUF, París, 1997.
 Ruiz Moreno, L., "Los lugares y el espacio", Revista *Discurso*, UNAM, México, en prensa.
 Ruiz Moreno, L., "Para una semiótica de la semejanza: el lugar común", Revista *SYC*, Buenos Aires, en prensa.

Luisa Ruiz Moreno es investigadora del Programa de Semiótica y Estudios de la Significación de la Universidad Autónoma de Puebla.